

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 1-3): *Escuchadme y viviréis.*

Salmo (144, 8-9.15-16.17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias»*

2ª lectura (Romanos 8, 35.37-39): *¿Quién nos separará del amor de Cristo?*

Evangelio (Mateo 14, 13-21): *Dadles vosotros de comer.*

Por coincidir con la Transfiguración, para no perder el hilo de reflexión con el evangelio de Mateo.

Es la muerte de Juan Bautista la que enmarca el evangelio de este domingo. La escena principal es la del milagro de la multiplicación, sí, pero convendría fijarnos en esta primera línea del texto. El evangelista relata que la noticia de la muerte de Juan ha llegado a los oídos de Jesús. ¡Que lleno de tristeza estaría el corazón de Jesús al enterarse de la muerte de Juan Bautista! Una muerte absurda, innecesaria, fruto de la violencia de un reyezuelo despótico y caprichoso. Uno de los grandes hombres del tiempo de Jesús, su contemporáneo, su mentor, aquel que lo sumergió en las aguas del Jordán en ese rito con el que muchos querían expresar su deseo de volverse plenamente a Dios, acabó su vida, asesinado en medio de un banquete excluyente y criminal.

No se nos describen los sentimientos de Jesús ante esta noticia, ¿sintió dolor, tristeza? No lo sabemos, pero no puede extrañarnos su deseo de retirarse a un lugar apartado y solitario. Quizás no sería extraño pensar que ante esta noticia Jesús buscó el silencio para reflexionar y orar por Juan a quien, sin duda, le unirían lazos afectivos. La escena siguiente sí nos va desvelar los sentimientos de Jesús. Quizás esperaba unos días de tranquilidad en compañía de sus discípulos más cercanos para vivir su duelo, para encontrarse a solas con su Padre y reflexionar sobre las consecuencias que esos acontecimientos traían a su floreciente ministerio. Quería un lugar apartado y solitario para llorar, lo necesitaba.

Pero como suele ocurrir, la gente no siempre entiende las necesidades ajenas; lo que entiende y siente son las suyas propias. Por eso la multitud sigue por tierra hasta el destino de la barca de Jesús y le espera con sus enfermedades y dolencias, ansiando algún gesto misericordioso que los libere a ellos y a los suyos, al menos parcialmente, del sufrimiento que les aqueja. Y con una sola sentencia, san Mateo nos describe la reacción de Jesús frente a aquella muchedumbre: *«Se compadeció de ella»*. Jesús no huyó, no se escondió, no se molestó; se compadeció.

La escena que sigue suele ser descrita como *“la multiplicación de los panes”*. Pero es también la multiplicación de las curaciones, la multiplicación de la sensibilidad de sus discípulos, la multiplicación de los gestos de servicio; en una palabra, la multiplicación de la compasión en acciones concretas. La secuencia de verbos que describe el hacer de Jesús es esta: *vio, se compadeció y curó*. Lo primero de todo es ver, lógicamente. El *ver* es lo que posibilita que Jesús detecte que hay una multitud necesitada. A veces nosotros vemos, pero no hacemos nada o dirigimos la mirada a otro lado. El Señor ve, se da cuenta de la realidad y no la esquiva. El segundo verbo es el nuclear: Jesús se *conmueve* en todo su ser ante el sufrimiento del prójimo. No se ha blindado ante ese sufrimiento, su corazón ha sido alcanzado por la necesidad humana. Y esto es lo que le empuja a *actuar*. El hacer de Jesús no se queda solo en sentimiento, sino que se traduce en obras de amor: curó a los enfermos.

Parece que, ante el dolor de los demás, Jesús olvida sus propias penas y reacciona de la manera como él sabe hacerlo, con compasión, que es otra forma de decir con un amor que se deja lastimar por el dolor de los demás y que lo hace propio; *“con-padece”*, padece con los que sufren, y busca los caminos de salud. Se le conmueve las entrañas y lo impulsa a la acción. En Jesús, la compasión no es un sentimiento, es un dinamismo. Sin lugar a dudas, el mismo Espíritu Santo que guía a Jesús en todas sus acciones, es quien le lleva a sentir compasión y a traducirla en acciones de salvación, de curación, de entrega, de generosidad.

La preocupación de los discípulos es lógica: era tarde, estaban en despoblado y era una multitud la que los acompañaba. Según la razón humana lo más sensato era decirles que se marcharan a buscar alimento y cobijo. Los discípulos piensan en términos de eficiencia humana. *“Si no hay con qué darles de comer, que vayan a buscar comida en los poblados cercanos”*. La lógica de Jesús es muy distinta; Dios no piensa con la lógica humana. Dios es rico en misericordia y en ternura. Su Hijo se compadece de la multitud que lo busca ansiosamente. En las palabras de Jesús a los suyos no hemos de leer un reproche: *«no hace falta que se vayan, dadle vosotros de comer»*. Más bien Jesús quiere aprovechar esta ocasión para enseñar de nuevo a los suyos cómo piensa Dios.

La compasión divina se hace concreta a través de la generosidad de los discípulos. Ellos pusieron lo suyo en las manos de Jesús. Cinco panes y dos peces a todas luces son insuficientes para dar de comer a una multitud, pero Jesús obrará el milagro: los tomó, los bendijo, los partió y se los dio. Pudieron comer todos y se saciaron. Creo que en estos tiempos que nos ha tocado vivir, en los que se multiplican los signos de exclusión, de rechazo, de violencia y de muerte, como lo atestigua cualquier medio de noticias, el Señor quiere multiplicar su compasión a través de nosotros, sus discípulos, que escuchamos hoy sus palabras: *«Dadle vosotros de comer»*. Nuestros escasos dones, puestos generosamente en manos de Jesús, bastarán y sobrarán para que se multiplique su compasión en favor de la vida del mundo.